

Roberto **MacLean** Ugarteche^{(*)(**)}

Incertidumbre^(***)****)

Cuando menos lo pude haber esperado recibí una de las mayores sorpresas que he tenido en la vida, y donde menos pude pensarlo. Y

(*) Jurista.

(**) Efectos con sonidos apropiados a la situación: ruido de hipopótamos haciendo el amor desvelados hasta la madrugada, medio sumergidos en un estanque de la sabana en la Reserva Kruger.

Escenografía con efectos de imágenes: manadas de cebras e impalas salvajes corriendo en estampida sobre la sabana de África del Sur hacia el Serengeti, ante la presencia alarmante de un guepardo imprevisto.

(Aparición del as de tréboles en el juego solitario de Eva).

«Condenado a una cruel servidumbre,

Largo tiempo en silencio gimió».

(Himno Nacional del Perú).

«Lo que está lejos puede sernos más conocido que lo que está cerca».

(Marcel Proust. El Mundo de los Guermantes. En Busca del Tiempo Perdido).

«Not a bit like it really. Kind of stuff you read (...) Sunburst on the titlepage (...) a homerule rising up in the northwest from the laneway behind the Bank of Ireland. He prolonged his pleased smile».

(James Joyce. Ulysses).

«The King's duty is everyman's duty.

But, each man's soul is his own».

(William Shakespeare. Henry V).

«Si nada me has hallado de que deba dar disculpa. ¿Por qué me echas tanta culpa de andar tan enamorado?».

(Miguel de Cervantes. Numancia).

«You may write me down in history

With your bitter twisted lies,

You may trod me in the very dirt

But still, like dust I'll rise (...)

You may shoot me with your words,

You may cut me with your eyes,

You may kill me with your hatefulness.

But still, like air, I'll rise.»

(Maya Angelou. Still I'll Rise).

(***) Fragmento del libro, aun inédito, por Roberto G. Maclean: «Eva y los dilemas para la libertad: estados de ánimo».

(****) Sobre la validez y realidad de algunos recuerdos al encontrar una antigua postal guardada en el baúl -en solo blanco y negro- de Soweto, en África del Sur: ¿«el ensueño que evoca la memoria» o «la resaca de todo lo sufrido que se empoza en el alma»? Francamente, ¡yo no sé! Veamos juntos la primera prueba presentada a favor de Eva por sus abogados - La Ley de «Apartheid» en mayo de 1976 en la República de Sudáfrica, como prueba instrumental escrita, y el testimonio oral del ex presidente Nelson Mandela, y la cantante Myriam Makeba- a contraluz de la conducta de Eva en el paraíso la tarde del sonado incidente.

Homenaje incidental, a propósito del éxito que se logró casi durante los mismos años a fines del siglo XX en Holanda, al florecer, por fin, un tulipán de color negro perfecto; después de intentarlo durante más de un siglo, sin lograr un color exacto, fiel a la realidad del color negro puro.

(Confidencias que hizo, en su lecho de muerte, pocas horas antes de morir, un antiguo reformador y especialista judicial experimentado, que las guardó hasta ese momento como secreto profesional, pero que autorizó compartirlas con otras personas de buena voluntad, siempre que tuvieran interés en aprender de otras experiencias reales vividas por otras personas también de buena voluntad).



es que, basta que una situación, problema o enigma familiares que nos parecen incomprensibles, se nos presenten en otras formas, u otros contextos inesperados, para que los podamos entender y darles claridad con la violenta solución de un relámpago, y con simplicidad infantil. Aun más, nos sorprende ver cuánto tiempo nos tomó caer en cuenta de algo tan obvio y tan claro. Si a un animal -un perro o un caballo- le llama la atención algo ligeramente distinto a su alrededor, al instante alza las orejas, yergue el cuello, voltea la mirada, y abre atento las ventanas del olfato hacia donde notó la diferencia, para percibir alerta cualquier olor, sonido o movimiento repentinos en la pradera, que descifren y expliquen a su instinto lo que pasa. Pero, no ocurre igual con los habitantes aclimatados a países de culturas autoritarias en desarrollo, o al desarrollo deshumanizado, porque sus instintos y percepciones sensoriales han sido deliberadamente entumecidos y desorientados, de tanto acostumbrarse por generaciones a repetir lo mismo que les presta una falsa sensación de seguridad, que es coyuntural, y que los tranquiliza solo por el hecho de serles familiar y doméstico desde un tiempo inmemorial, sobre el que se ha construido poemas, novelas, cuentos, historias, chistes, estadísticas, reflexiones políticas y filosóficas, constituciones, códigos, leyes y sentencias judiciales artificiales. Y así, cuando algo alarmante ocurre a su costado o muy cerca de ellos, no lo perciben sus sentidos, que se engañan o distraen muy fácilmente, tranquilizados por una voz grave y tranquila que les asegura con autoridad reconocida por todos, que todo está y estará siempre bien; que así son las cosas en todas partes, que así es la vida, que lo mismo ocurre en todas las épocas, y que no hay motivo

de preocupación ni debemos insistir más en el asunto: «porque un experto norteamericano me lo ha dicho así», u otro respetable disparate de ese calibre.

Las sabanas de África meridional no están muy lejos de donde primero apareció la especie humana sobre el planeta, en lo que es hoy Sudáfrica, Kenya y Tanzania. En la visita que realicé en mayo de 1976, tuve entre mis manos largas, el cráneo fósil de un potencial Adán -uno de los australopitecos- gracias a la cálida, alegre amistad y cortesía, siempre entusiastas, de Philip Tobías, a quien conocía desde mis días en la Universidad de Cambridge, en Inglaterra, y ya desde entonces, eminente científico, e internacionalmente reconocido antropólogo físico, sudafricano. Me explicó que ese cráneo era de uno de los varios que había, que pudiera haber sido un Adán simbólico, y tronco común de nuestra especie, de acuerdo a la tradición o versión judeocristiana e islámica que es la de la civilización en que vivimos. Otra estudiante en la misma universidad, inglesa, y aunque algunos años menor que nosotros, se doctoró también en Cambridge, con un trabajo que estudió un tema vinculado a ese cráneo, y a cómo el ser humano primitivo al que perteneció pudo haberse comportado con sus semejantes de especie. Jane Goodall, comenzó por esos años a trabajar en la selva y continúa hasta hoy en el instituto que fundó en la observación, estudio y análisis de la conducta social de los chimpancés, para, por ese camino, reconstruir cómo pudo haber sido la conducta social del primate o persona humana primitiva, cuyo cráneo fósil tenía en ese momento entre las manos. Los chimpancés son los primates más cercanos al ser humano; y el descubridor del australopiteco, Louis Leakey, le sugirió que estudiara -en su propio ambiente en vez de

Roberto MacLean Ugarteche

en un zoológico o laboratorio, como era entonces lo tradicional- la conducta de los chimpancés hacia los otros chimpancés. De esa manera sería posible acercarse, más que por cualquier otro camino, a lo que pudo haber sido la conducta real de esos humanos primitivos. Porque los chimpancés en su desarrollo evolutivo están a un paso muy corto de su evolución genética detrás de nuestra especie.

La distancia genética entre chimpancés y australopitecos, o aun con los humanos actuales, no es muy grande, como pudiéramos haber estado inclinados a pensar, pues compartimos con ellos más del 98.5% de nuestros genes. E igual ocurre con los gorilas como se vio de otro estudio sobre su conducta social que tomó a su cargo otra estudiante de Cambridge y de esa misma época -aunque a ella no la llegué a conocer personalmente- cuyo nombre es Diane Fossey, norteamericana, quien murió asesinada por desconocidos y causas también desconocidas, mientras estudiaba a los gorilas de la montaña, en las peligrosas vecindades de Idi Amin en Uganda. Entre ambas, con el agregado de otros profesionales que escribieron otros estudios más, como el que contiene los notables avances logrados por Janis Carter, graduada en Psicología en la Universidad de Oklahoma, y que estudió la comunicación con chimpancés, nos ayudaron a reconstruir, asombrosamente, y acercarnos más a la historia de la conducta social de la especie humana desde lo que fue hace un millón de años hasta la actualidad. Por lo que a mí respecta, el ejemplo de Jane Goodall me ayudó -más tarde en mi vida- a diseñar otro modelo, distinto a los iniciales con la Corte Suprema en el Perú y el Comité Jurídico Interamericano de la Organización de Estados Americanos (OEA), para los trabajos de reformas a la justicia y legales con el Banco Mundial, primero, y luego con el American Bar Association/UNDP Legal Resource Center.

El descubrimiento del ADN por Francis Crick y James Watson, en la misma Universidad de Cambridge, y muy poco tiempo antes de nuestro ingreso a esa universidad, por el que les otorgaron más tarde, el premio Nobel más importante del Siglo XX en Medicina, años después, abrió un camino que iluminó esta historia de un modo diferente e inesperado (la primera vez que entré a la sala en casa del doctor Crick, y observé sobre la mesa la doble estructura helicoidal del ADN, pensé que era una escultura moderna, hasta que él mismo me aclaró el error). A partir de ese extraordinario hallazgo, el profesor

Luca Cavalli Sforza de Venecia, y un equipo de científicos, entre ellos Spencer Wells, empezaron la recopilación de muestras de sangre en las poblaciones más antiguas, remotas y aisladas de nuestra especie, para a partir de sus correspondientes ADN, trazar una nueva historia genética de la especie humana en su totalidad vivida como tal, es decir como especie diferenciada, así como de las mutaciones que marcaron los hitos de sus cambios. Todo el registro lo llevamos dentro de nosotros, en una gota de sangre, como un archivo que se logró decodificar a partir de Crick y Watson. Es la clave individual de cromosomas «Y» del ADN, que registra al mismo tiempo la historia completa de la especie. Si fuera posible estirar el ADN como una cinta extendida a todo su largo, esa longitud alcanzaría lo suficiente para viajar de ida y vuelta a la luna ¡tres mil veces! Para tener una idea aproximada del proceso de desarrollo evolutivo de nuestra especie partiendo del ancestro común de todos los primates -una especie de mono original- hasta el humano moderno que somos hoy, y reducimos a un año actual a partir de un 1 de enero imaginario, este período real que comenzó aproximadamente hace 23 millones de años, la historia sería la siguiente: El 1 de enero de ese año imaginario reducido, el mono primate primitivo se diferenció de otras especies; recién en el mes de octubre habría aparecido el primer primate erguido en los dos pies; a principios de diciembre apareció el *Australopithecus Afarensis*, primer primate humano diferenciado; el 28 de diciembre el *Homo Sapiens* moderno, y recién el 31 de diciembre de ese mismo año, emigró este ser humano moderno, *Sapiens Sapiens*, por primera vez fuera de África, nuestra patria de nacimiento común como especie diferente. Una suerte de *jus soli* milenario. Los cálculos sobre el número de seres humanos que vivían en el planeta hace apenas 50 mil años, «Homos Sapiens Sapiens» era de muy poco



más de 10 mil habitantes. Éramos, entonces, una especie animal en peligro de extinción, comparados a los 6 mil millones que somos hoy. A tiempo de lo que sería el 1 de enero del año siguiente inmediato, la especie humana ya había conquistado geográficamente todos los extremos del planeta, incluyendo al continente americano en que hoy vivimos, a través del estrecho congelado de Behring, que en su parte más angosta solo tiene dos millas de ancho. Me lo dijo una mujer que lo había unido a nado⁽¹⁾.

Los hallazgos y conclusiones de este equipo confirmaron muchos de los hallazgos anteriores logrados hasta entonces por la Paleontología, y a través del estudio del arte primitivo rupestre, pero corrigió otros aspectos importantes, sobre cómo la especie humana se había desplazado sobre el planeta partiendo de África, continente sobre el que volaba el avión que me había llevado a Sudáfrica y estaría aterrizando, en pocos momentos, en Pretoria, la capital del país. El primer encargo profesional internacional de esta naturaleza, que recibí y -aunque resulte sorprendentemente concebirlo ahora- tenía algo que ver con estas menciones e historias de conversaciones y amistades personales vinculadas al ADN, a la antropología física, y a la conducta animal, aunque no en la superficie. Consistió en escribir un informe acerca de su plural y complicado sistema de justicia, descentrado de su quicio natural.

La situación genética que servía como pretexto o telón de fondo, a este encargo, era que un grupo, tribu, u horda de estos primordiales candidatos a Adanes posibles, ante un cambio en el clima, o una carencia indeterminada de su alimentación, dejaron sus comarcas vegetales y vertebradas para seguir el liderazgo matriarcal de una posible modelo titular de la Eva del Paraíso agrícola, en plena Edad de Bronce, o ya en la Edad de Hierro. Siguiendo a una de ellas, se dispersaron unas y otros por el mundo -como vimos- en busca de agua, de comida, de sombra, de cuevas protectoras, o de madrigueras para defenderse y procrear oleajes, marejadas, tormentas, inundaciones de futuros Abeles y Caínes, en competitiva contienda genética -por lo menos entre neardentales y cromagnones- para sobrevivir y alcanzar el alto honor emblemático y la honrosa dignidad simbólica de ser el Adán titular de la humanidad moderna, por lo menos

en nuestra civilización; y la perfecta pareja - culturalmente dominante más tarde- de la Eva ganadora del concurso por la única vacante literaria disponible en este Edén genético diferenciado del Edén cultural entre los ríos Tigris y Eúfrates y otros dos ríos más no identificados, cuyos nietos fundaron la primera ciudad del mundo y tañeron los primeros instrumentos musicales. Este es el mismo paraíso común a judíos, cristianos y musulmanes. Hace no muchos años, no más de 50 mil, que parte de los descendientes de aquellos Australopitecos y *Homo Sapiens* que se quedaron en África del Sur y no emigraron, volvieron a emigrar hacia el noreste, más sabios y enterados, con nuevos diplomas, grabados en piedra y en cenizas, que dejaron huellas fósiles, y aun se preservan en sus pisadas sobre barro al borde de una laguna. Esta vez fue, con títulos equivalentes a un *Summa cum Laude* pétreo, como «Homos Sapiens Sapiens».

Al llegar al aeropuerto de Pretoria en mayo de 1976, cualquier viajero visitante se encaraba a una situación de la que ya el mundo tenía noticia gráfica e impresa, pero que era diferente a vivirla y mirarla frente a frente como parte de un encargo profesional sobre el sistema de justicia en ese país, entonces muy triste y dolido, aunque rico y el más próspero de todo África, en esa época. El contradictorio origen del problema inexplicado fue que una parte de la estirpe de emigrantes que salieron del territorio de Sudáfrica hace 50 mil años, al regresar al cabo de milenios a su patria neolítica -hace menos de dos siglos- se negó a compartir, con la otra parte que se quedó en África y no emigró, los mismos espacios públicos, las mismas escuelas, los mismos hospitales, las mismas universidades, los mismos espacios de recreación o descanso, las

(1) WELLS, Spencer. *The Journey of Man: A Genetic Odyssey*.

Roberto MacLean Ugarteche

mismas playas, las mismas casas para pernoctar, y les impusieron a los que se quedaron tener que vivir separados, con los argumentos más escuálidos y anémicos. Ni siquiera podían mantener relaciones sexuales ni menos casarse entre las dos facciones culturales y somáticas de la especie. Por el bien del país y de la humanidad, por la defensa del progreso y la cultura, por ser «más práctico» y debido a «las coyunturas» o «especiales circunstancias del momento», serían iguales pero vivirían separados. El nombre que le dieron a esa política cultural, política y jurídica fue: «Apartheid».

Eso fue lo que encontré al desembarcar del avión, en Pretoria a mediados de mayo de 1967, la hermosa ciudad que todos los diciembre florece en jacarandas. Los milenios de vivir bajo otros climas, en otras intemperies, de nutrirse con otros alimentos, y de sufrir inclemencias en otras altitudes y temperaturas diferentes, causaron que los emigrantes se hubieran visto reflejados en el agua de lagos serenos, y en la tersa superficie de otros estanques poéticos a su alrededor, con apariencia y contextura que gradualmente durante las generaciones, se había ido transformando, para adaptarse a entornos externos diferentes y poder sobrevivir en ellos. Al regresar a la sabana meridional, que fue su patria nativa y encontrarse frente al ancestro de su estirpe genealógica común, su piel ya había adquirido marcadamente otro pigmento, los colores de sus ojos y del pelo eran distintos, y su talla y grosor, así como sus facciones y rasgos también eran notoriamente diferentes a los que se quedaron. El simple punzón de una aguja o una herida corriente, sin embargo, hubiera desvanecido todas esas diferencias como un jirón de niebla desaparece al irrumpir la luz del día y derrotar las últimas defensas que protegían la oscuridad. Pero, en ese momento del siglo XX, exactamente en mayo de 1967, no todos lo vieron así, ni tan claro; o no lo quisieron ver, que es lo mismo para los efectos prácticos, políticos, económicos y legales, al finalizar culturalmente el día. Porque una ley, inexplicable satisfactoriamente, declaró lo que la ciencia declaraba y declara ser una estupidez y una manipulación ética e intelectual. Esos y otros argumentos más los denunciaba o desmentía la indiscutible autoridad científica y

moral del antropólogo Philip Tobias, mi anfitrión durante el almuerzo que describí líneas arriba.

En mayo de 1976 la sabana que se extendía ante mis ojos maravillados, correspondía exactamente -excepto en cuanto a los cuatro ríos, entre ellos el Tigris y el Éufrates- a la arquitectura estructural cívica de la descripción que hace del Paraíso el Libro del Génesis y, al que la Biblia da el nombre de Jardín de Edén. Casi, palabra por palabra. En la Reserva Kruger, cerca del límite con Mozambique, había -como pude comprobar personalmente- «toda clase de animales domésticos y salvajes, y los que se arrastran por el suelo (...) el hombre tiene poder sobre los peces, las aves, los animales (...) las plantas de la tierra producen semilla»⁽²⁾ y «toda clase de árboles hermosos que daban fruto bueno para comer»⁽³⁾. Sudáfrica, como el Jardín de Edén, era también en esa fecha -y sigue siéndolo hasta hoy- una tierra feroz a la que, arriesgando la vida entre las fieras, se infiltraban clandestinamente para ser humillados y ofendidos en su dignidad humana, ciudadanos libres y no discriminados en otros países pero pobres, que se infiltraban de Mozambique y Zimbabue, y otros también de Angola libre, por otro camino clandestino, a esa tierra, para «cultivar y cuidarla»⁽⁴⁾. En los tiempos modernos industriales se infiltraban también, para trabajar, además de en el Jardín de Edén, en minas de oro y de diamantes, así como en industrias productivas y eficientes, con tecnología competitiva de primer orden, o en establecimientos comerciales espléndidamente abastecidos, o en el servicio doméstico de hogares cómodos,

(2) Génesis 1, 26, y 29.

(3) Génesis 2, 9.

(4) Génesis 2, 15.



amplios, y elegantes en los que «los Bantú» (los no europeos o «no caucásicos») no podían pasar la noche sin autorización porque debían regresar a las zonas especiales reservadas para ellos en las que pasaban las noches solitarias, salvo excepciones -como el de una recepción social- caso en que los dueños debían solicitar a la autoridad, y esta por lo general concedía, permiso a las mucamas y mucamos para pernoctar por una noche en la ciudad caucásica. A pocas millas de la gran ciudad moderna en Johannesburgo, queda el entonces «ghetto» laboral y doméstico de Soweto.

Todo igual exactamente, al Paraíso o Jardín de Edén eterno, Sudáfrica vivía, entonces, dentro de la misma geometría invisible y bajo una prohibición inexplicada e inexplicable, cuya trasgresión costaba muchos años de prisión -le costó a Nelson Mandela 27 años de su vida-, o también la muerte. En el Jardín de Edén bíblico, la apuesta en el juego fue solo la vida o la muerte. Pero, a los Australopitecos, convertidos entonces, en modernos *bantús*, *khosas* o *zulúes*, se les dijo: «pueden comer del fruto de todos los árboles del jardín, menos del árbol del bien y del mal. No coman del fruto de ese árbol porque si lo comen ciertamente morirán»⁽⁵⁾. Fue una orden imperiosa, enérgica y categórica, aunque no la entendieran. Solo era necesario, en esos tiempos, como después lo fue nuevamente, obedecer y callar. Sobretudo cuando lo dice alguien que lo sabe todo y lo entiende todo, (como Gilgames, a quien conoceremos muy pronto) pero que no explica a nadie una sola palabra de lo mucho que sabe o entiende. En 1976 los descendientes de los primeros emigrantes africanos, que habían regresado después de milenios a su continente nativo, dijeron a los descendientes de los que se habían quedado -entre ellos a Eva y Adán con sus nuevos nombres y apellidos de Mandela o Makeba- ya adaptados a la nueva cultura local que unos y otros tenían que vivir separados, como ya vimos. Serían iguales -les dijeron- pero tendrían que vivir separados y bajo la estricta prohibición expresa de no vivir juntos, «por razones de Estado», «por el bien del país», «para construir un futuro de prosperidad y riqueza del que se beneficiarán las nuevas generaciones», «por el progreso, el desarrollo, la salud y la educación, aunque cueste lágrimas», «por la justicia, por el

imperio de la ley europea impuesta y por la paz caucásica». ¡Simplemente obedezcan, y no pregunten más! Era verdaderamente el paraíso terrenal de siempre y de nunca más.

Pero la historia no fue tan simple como suena, tanto por el daño invisible que siempre causan estas experiencias, o por la invencible y secreta fortaleza que construye dentro de conciencias libres que en el silencio y la soledad las arrojan a la reflexión y la meditación serenas y confirmadas libremente. En ese bello y, entonces, muy triste país⁽⁶⁾ durante todo un mes, no hice otra cosa que hablar con mis interlocutores sobre el «Apartheid», como se denominaba la prohibición de vivir juntos, para tratar de encontrar la explicación a lo inexplicable, o, al menos, lo que se ocultaba al fondo, detrás de las mentes, de las conductas, en el orden de prioridades éticas que se escondía, y se traducía en esa absurda conducta colectiva y un orden legal yuxtapuesto apenas sobre el aire. Era mucho peor que si todos fueran corruptos y lo declararan en voz alta. Porque eso no hubiera podido ser sino el invento de seis mentes perversas, de cuarenta conciencias deformes, o de cien almas corruptas como bien pudo haber sido en un comienzo que los tomó a todos desprevenidos porque de haber sido ese el caso, ya para 1976 habría sido mucho más fácil resolverlo a corto plazo. El mal, parecía entonces, incurable y sin remedio posible «esta situación no la cambia nadie ni en doscientos años», salvo con un violento baño de sangre previsible, porque era posible notar que no se trataba de un rasgo individual en la personalidad de un líder, sino que ya tenía todos los rasgos

(5) Génesis 2, 16 y 17.

(6) Su más grande escritor de ficción, Alan Paton, había escrito la narración de su lucha cultural de integración, en la novela «Cry, the Beloved Country».

Roberto MacLean Ugarteche

inequívocos de toda una cultura construida de a pocos y que era mayoría en el poder transitorio. A fuerza de pequeñas indiferencias, de minúsculas vaguedades e imprecisiones, de generalizaciones gaseosas y poco serias, de prejuicios, desvergüenzas e insensibilidades pequeñas, que nadie nota, y a nadie importa. Amamantada de esa ternura materna subjetiva deformada, había sido inyectada en la sangre, educada y sepultada bajo escombros éticos disfrazados de motivos religiosos, de prudentes razones de estado, de estrategias políticas de coyuntura, y de razones comerciales o económicas de importancia internacional. Fue el imperio legal, sin competidores, de los prejuicios más dignos, más respetables, decentes y cristianos, que, por supuesto carecían de fundamento serio alguno y de cualquier base que pudiera haberlos mantenido en equilibrio siquiera durante veinte segundos.

Los motivos o razones aducidos eran siempre diferentes. En los diálogos con funcionarios de la Cancillería me aseguraron que todo llegaría a su debido momento en un futuro, que además era impreciso y volátil, porque «no era práctico» hacerlo todavía, durante la «Guerra Fría» entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. En el Ministerio de Economía resaltaron -y era verdad según las cifras que mostraron- que el gobierno discriminatorio de Sudáfrica había invertido en la población segregada, una suma mayor a lo que la ONU había invertido en la población empobrecida y olvidada en todo el resto del mundo; y que el Hospital Barawana, en la ciudad satélite segregada de Soweto, era el centro de salud más grande y mejor equipado en todo África, que estaba destinado para uso exclusivo de la población bantú ¡y todo eso era cierto! ¡Y era, lo mismo, terriblemente despiadado e injusto! Es decir, falto de amor y en un orden desbaratado y trastornado de prioridades valorativas éticas.

Los empresarios con quienes conversé durante las elegantes veladas de fina hospitalidad a las que fuimos invitados, con mi esposa, en sus cálidos hogares discriminatorios y prejuiciosos, decían que no era posible la integración porque, de ocurrir en ese momento o en otro próximo previsible, el comunismo internacional se apoderaría del país de inmediato y se extendería por todo África. Después, supimos que varios de nuestros amables y muy cultos anfitriones habían emigrado súbitamente de Alemania al terminar la Segunda Guerra Mundial.

En las universidades, en especial en sus escuelas de Derecho, aducían que nadie entre los nativos *bantú*, tenía la capacidad, la educación familiar o la preparación cívica suficientes para ejercer la libertad plena y vivir en democracia. «Nuestra gente es diferente» decían, «son mediocres», «ignorantes», «salvajes», «primitivos», «mentirosos», «son ladrones y deshonestos», «son ociosos», «no son como el resto del mundo», «no son como nosotros o usted», «no están hechos para ejercer la libertad responsable, ni para vivir en democracia», «a esta gente no la compone nadie ni en doscientos años». Cuando en la conversación con uno de los entonces jueces de la Corte Suprema de Sudáfrica, le dije con aliento de esperanza que en la ciudad del Cabo había podido reconocer síntomas evidentes de relaciones íntimas entre individuos de color de piel diferente, entre miembros de poblaciones prohibidas de integrarse, su escueto y sorprendente comentario fue: «es cierto, pero lamentable, no se ha podido impedir que personas ignorantes de las clases bajas, forniquen con *bantús*».

Entre los conductores de vehículo que generalmente me asignaban en cada ciudad para llevarnos a los diferentes puntos de trabajo, invitamos a uno de ellos a tomar una taza de café después de la función de teatro adonde nos había llevado un día sábado. Durante la amistosa y cordial conversación que mantuvimos, nos expresó con sincera convicción confesional, que la discriminación racial tenía como fundamento la misma palabra de Dios en la Biblia al separar a la especie humana en tres descendencias iguales pero separadas, que provenían de los tres hijos de Noé: Sem, Cam y Jafet, quienes -supuestamente- habrían tenido siempre la piel pigmentadas diferente y representaban a las diferentes «razas» del mundo. Lo que, aparte de ser un gigante disparate sin



fundamento, es totalmente falso como se puede comprobar de la lectura de cualquier traducción no alterada del texto de la Biblia⁽⁷⁾.

Solo era una cuestión de prioridades en desorden, de inoportunidad en el «timing», como dicen en inglés, que había resultado siendo pésimo para los que no emigraron hace 50 mil años, debido a su falta de puntualidad para emigrar hacia el norte del planeta antes de la última era glacial. A los que esperaron para emigrar hasta el siglo XX también les fue muy mal o peor, pero esa es ya otra historia diferente de inmigrantes que no se parece en nada sino en la persistencia de los que resultan siendo de un modo u otro, y bajo un pretexto u otro, siempre excluidos por impuntuales y siendo siempre los mismos. Fueron siempre los mismos los que perdieron, y los que ganaron siempre, también fueron los mismos. En esta clase de casas de juegos de azar, siempre gana al final de todo, la violencia sangrienta y la muerte que nunca aprende o escarmienta. No es el patrimonio de un sistema legal o político, económico o legal, sino de las culturas que los hacen a todos añicos y los trituran hechos polvo que se lo lleva el viento. Es el bastión exclusivo de las culturas invisibles que lo manejan todo, y que muchos años después rodando por el mundo en estos trabajos me fue posible reducir a dos, y a una enorme variedad intermedia: las culturas autoritarias de poder, y las culturas de autoridad de servicio, que representan, cada una un orden ético de prioridades distinto y opuesto. Eso es todo lo que hay detrás de todo lo demás, y que depende exclusivamente de si todo lo miramos desde fuera, como espectadores; o lo miramos como protagonistas de la vida, desde dentro de nosotros: desde el fondo de nuestro corazón libre, independiente y enamorado.

Eran muy fáciles de percibir la frustración y violencia reprimidas debajo del bienestar y la prosperidad económica, indiscutible y evidente. Porque ninguna de ellas es suficiente, ni las dos juntas, para saciar el alma del ser humano. Dos días después de haber visitado la que me pareció pacífica y sonriente ciudad satélite segregada de Soweto, a inmediaciones de Johannesburgo, la represión policial causó más de 100 muertos y 1000 heridos. Al día siguiente, en su oficina de la Universidad de Witwatersrand, Philip Tobias, me repetía con furia indignada, una vez más, lo que siempre había

dicho desde los años en Cambridge: «todo esto es una patraña cultural, una mentira científica sin base, y una infame estupidez». Se había inventado toda una cultura edificada sobre inexactitudes sin base, errores arbitrarios, puros prejuicios bien dichos y magníficamente escritos. Aunque, no necesariamente con formas tan ostensibles e insultantes de llamar nuestra atención, todas las culturas autoritarias, y sus rezagos en países del mundo en desarrollo con leyes, justicia y apariencias de gobierno, democráticas, humanistas y cristianas, han construido culturas que ya se han convertido en subconscientes, invisibles e impalpables, que están sólidamente edificadas sobre errores, mentiras y basuras de las que ya se ha perdido conciencia y percepción, porque se han transformado sin darnos cuenta en otros: «así es la vida», «así es en todas partes», «así ha sido siempre», «esa es la realidad de la vida, hijito». Pero, ¡no es así! Y eso, es una infame mentira para que los demás se sientan mal por ser tan ignorantes y no tener el conocimiento del mundo ni los otros conocimientos suficientes que les permita darse cuenta de «la realidad» que otros perciben, solo porque la han inventado, y huyen confrontarla con la realidad de otros en diálogos respetuosos y serios.

Eva en el Paraíso, como Miriam Makeba y Nelson Mandela, enfrentaron por separado y cada uno en su propio tiempo, simbólico o real, el rigor de una norma que nadie en el pueblo podía entender, y también el enorme, invisible dilema sobre qué hacer en cada caso. Nadie había explicado ni nadie entendía algo que fuera coherente o sensato en ellas. Cuando se enteraron y tomaron conciencia de que esas normas habían entrado sigilosamente en sus vidas, un

(7) Génesis 9 y 10.

Roberto MacLean Ugarteche

escalofrío desprevenido le corrió a cada uno -de pies a cabezal- por la espalda.

Fue entonces que, como a Eva en el Paraíso, cientos de miles de años más tarde a Nelson Mandela, se le presentó la disyuntiva entre obedecer leyes que no entendía ni podía explicarse, para vivir en el mundo como si fuera un fantasma ciudadano; o jugarse la vida y ganar la muerte para «llegar a tener entendimiento» y ser una persona que pueda encontrarle sentido a su vida y a la libertad que le permita amar a alguien realmente, y no ser su cómplice de mentiras. Porque solo si se es libre interiormente es que se puede amar a otros como a uno mismo, y -para un creyente- también amar a Dios por sobre todas las cosas. La única «tentación» que tuvo Eva bajo las circunstancias, fue «llegar a tener entendimiento»⁽⁸⁾ de lo que vivía y le pasaba.

Para John Milton -no obstante ser republicano, y antimonárquico partidario de Oliver Cromwell- en su poema «El Paraíso Perdido» describe la tentación de Eva ante el fruto del árbol prohibido con fruición gastronómica que más parece producto de su formación puritana, que del propio texto bíblico según la traducción inglesa encargada por el rey James; si bien hay cierta seriedad sobriedad en su trato del suceso, en algunos de sus versos.

Al cumplirse, el día en que escribo estas líneas, setenta y cinco años de mi propia vida, y millones de años de vidas ajenas, me declaro cómplice convicto y confeso de Eva, la del Paraíso, de su pareja, compresiva y consecuente con ella, el apático y pasivo Adán. No solamente no pagaría un centavo para rejuvenecer un día, sino que no me dejaría sobornar por cincuenta millones de dólares o euros, a cambio de rejuvenecer cincuenta años, pero al precio de tener que abdicar del entendimiento que me costó ganar con tantos trabajos, soledades, reflexiones, tristezas disciplinadas, esfuerzos, y silencios interiores, que son lo único que me da la certeza de no haber vivido en vano y me ha llenado de felicidad. ¡Ni por todo el oro del mundo! No solamente eso. Me siento empujado con urgencia a tratar de comprender qué pudo haber impulsado al pobre doctor Fausto en la obra de Goethe, para concluir un arreglo como el que hizo. Su

vida entonces, debe haber sido espantosamente aburrida o desesperada; como la de las tristes mujeres que por ignorancia se entregan a la prostitución o como los jueces corruptos que se venden, por inseguridad interior y su inestable pobreza espiritual.

Más aun, al recibir con este entendimiento las respuestas a las pocas preguntas con las que llegué a la vida adulta, y me di cuenta, al recibirlas, de estar vivo. Sentí lo que siente un abogado cuando le pagan el íntegro de sus magníficos honorarios por adelantado: ya estoy preparado para vivir cualquier cosa que me toque en suerte vivir y para terminar de cualquier forma que me toque terminar. Porque ya me pagaron por adelantado, por todo lo que me pueda sobrevenir en el futuro, con el espléndido honorario profesional, de un módico entendimiento básico elemental de las preguntas que me hice al llegar a la vida adulta profesional. Para mí fue un pago cuantioso -al contado y en efectivo- y un botín de recompensa por cualquier cosa que me pueda sobrevenir por haber saqueado la vida con premeditación enamorada. La respuesta que dará siempre mi corazón a todo, será, por supuesto: ¡Sí, claro!

Propongo y sostengo la tesis, solamente jurídica, de que Jesús de Nazaret hubiera aprobado la decisión valiente y enamorada de Eva, que me atrevo a inferir de la interpretación desprejuiciada de la parábola del dinero⁽⁹⁾ en que el dueño de un capital se lo entrega a sus empleados, para que lo administren porque se va de viaje. Y cuando regresó premió a los que asumieron riesgos mayores para obtener ganancias, y sancionó al empleado inútil que «tuvo miedo» para

(8) Génesis 3, 6.

(9) Mateo 25, 14-30.



correr el riesgo de ejercer su libertad y decidir sobre lo incierto; por lo que lo echó como castigo «fuera, a la oscuridad, donde llorará y le rechinarán los dientes». Pero, mucho más se puede inferir de su otra parábola, la de los dos hijos, en el texto del mismo evangelista.

Es curioso que la versión coránica de la misma historia que aparece en la Aleya 2, suras 32 a 38, contenga dos diferencias significativas de la versión citada, como vimos en la Torá y la Biblia Cristiana. El Corán le quita a Eva del Paraíso el ejercicio de la libre opción que adopta frente a la disyuntiva entre vivir en la inocencia obediente, y en el éxtasis que la lleva a disolver su identidad al punto de confundirla con la de Dios mismo en una felicidad santa y perfecta; o morir a precio de ganar entendimiento y poder con libertad, recobrar en su enamorado sacrificio, y su propio esfuerzo, el paraíso perdido y ganar, con su entrega libre y total, la justicia, la paz y con ellas la vida eterna. Según la versión del Corán, Satán fue quien los sacó a los dos -a Adán y Eva- del Paraíso, y causó su expulsión del Jardín, sin que ninguno de los dos tuviera siquiera la ocasión de elegir libremente otra opción. Por otra parte, sin embargo, el propio Corán registra específicamente, más adelante, el consuelo del perdón de Dios cuando dice que: «Adán recibió posteriormente los mandamientos porque Dios es misericordioso y nos perdona».

Sostengo, cívicamente, que vivimos bajo yugos imaginados que nos imponemos nosotros mismos, porque no podemos entender que la única forma de poder amar a alguien es ponerse al frente de esa persona y mirarla sintiéndose libre de amarla o no, porque el amor es esencialmente un acto de voluntad libre. Sentirse libre de la pasión, del interés, de la ambición y del miedo, ya que solo se puede amar siendo libre, aunque ser libre verdaderamente, no es incompatible con la pasión, el interés, la ambición o el miedo, si todos ellos están subordinados a la libertad personal interior. No te quiero porque te necesito, sino que te necesito porque te quiero, podría ser el resumen del amor verdadero. Y, por eso, es que «el amor libre» es una redundancia y «el amor prohibido» es una contradicción (alguien -que no es Teresa de Ávila, Juan de la Cruz, ni sor Juana Inés- dijo una vez, estas u otras palabras parecidas: «no me mueve

mi Dios para quererte el cielo que me tienes prometido, ni el fuego del infierno tan temido, para dejar por eso de ofenderte (...)). Una asceta musulmana del siglo IX, conocida por el nombre de Rabiah, escribió un hermoso poema al respecto, que dice: «Dios mío, si te adoro solo por temor al infierno, quémame en el infierno; y si te adoro solo en la esperanza del Paraíso, exclúyeme entonces del Paraíso; pero si te quiero a ti por ti mismo, no me prives de tu belleza interminable»⁽¹⁰⁾. También, según la parábola de los dos hijos que mencioné líneas arriba⁽¹¹⁾, el que cumplió con la voluntad de su padre es el hijo que se negó a hacer lo que este le pedía, pero después de haber reflexionado, y una vez que estuvo en uso pleno de su libertad, decidió obedecer lo que su padre le había ordenado, y lo hizo. Y aun en la versión del evangelista Lucas sobre la Anunciación a María la aceptación de la joven fue un acto libre de aceptación de una realidad dolorosa pero ya entendida, que la entroncaba con la misma libertad enamorada de Eva; y no con la sumisión desorientada a un destino incomprensible e inexplicado del que se sintió cautiva en contra de su voluntad. En eso es que consiste su hermosura cívica, además de cualquier otra que tenga o pueda tener en otros mundos. En su heroica libertad adolorida.

Pablo, el apóstol cristiano de los gentiles, en su Carta a los Gálatas con quienes argumenta sobre su controversia jurídica doctrinal con el apóstol Pedro sobre la autoridad de las leyes, les escribe: «ustedes fueron llamados a ser libres (...) pero esta libertad (...) es para servirse unos a otros (...) toda la ley se resume al único mandato de amar al prójimo como a uno mismo (...) y si se guían por ese Espíritu (...) ya no estarán sometidos a la Ley (...) Es fácil ver lo que

(10) Traducción del inglés propia y libre.

(11) Mateo 21,28-32.

Roberto MacLean Ugarteche

hacen quienes bajo el pretexto de su libertad siguen sus malos deseos e inmoralidades (...) mantienen discordias y celos. Se enojan fácilmente, causan rivalidades, divisiones y partidismos. Son envidiosos, borrachos, glotones y otras cosas parecidas (...) En cambio lo que el Espíritu produce es amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio sobre uno mismo. No hay ninguna ley que condene cosas como estas»⁽¹²⁾. En otra parte, el Apóstol es jurídicamente devastador y contundente por su claridad jurídica: «Los que buscan quedarse libres de culpa cumpliendo la Ley, se han separado del amor de Dios»⁽¹³⁾. O, también podría añadirse, se han separado de la justicia para irse detrás de la legalidad formal. Ya que como él mismo les explica a los Hebreos en la carta que les escribe: «La ley es solo una sombra (...) y no la realidad misma»⁽¹⁴⁾.

Al que el Dios de los Hebreos escogió como su pueblo elegido, fue al de los descendientes de un pícaro, tramposo y sinvergüenza quien -sin saberlo ni tener idea de quién era- luchó toda la noche con Él hasta vencerlo. Y cuando, con los primeros rayos del sol, vio la cara de su contrincante, creyó que se iba a morir. Pero el Dios de Abraham le dijo: «Ya no te llamarás más Jacob sino Israel, porque has luchado con Dios y con los hombres y has vencido». Job, el empecinado impaciente, también logró con su obstinación disciplinada y su incesante, seria, argumentación sincera de amor empecinado, hacer que Dios diera marcha atrás en el juego que había entrado con el Diablo sobre la libertad de discernimiento en Job, cuya sinceridad ponía el Demonio en tela de juicio pues dudaba sobre si su amor era sincero o solo

el interés para escoger la más fácil y mejor entre dos opciones. ¿Cómo no identificarme entonces plenamente con Eva la del Paraíso? ¿Cómo llamar a su clara y difícil opción por la libertad, «La Caída»? Quienes pusieron ese mote o sobrenombre a su valiente lucha, llamarían seguramente a Jesús: «El fracasado de Belén», y a la vergonzosa ignominia, trágica e injusta, del Gólgota «¡El Decisivo e Incontrovertible Triunfo de la Autoridad, del Imperio de la Ley y del Derecho Romano Imperial, en el Gólgota!». «Dura Lex Semper Lex».

Borracha de azar y de descontrolada fortuna, de mucha mala leche ajena contra ella, de puro amor a Dios incomprendido, de indiferencias y escepticismos, violada y calumniada por todos con mala entraña, incluso por famosos artistas y poetas medioevales, y a pesar de anticipar su próximo desprestigio inevitable, como elemento disuasivo, para escarmiento y advertencia a otros que vuelvan a intentar ser libres y pensar como ella, por su cuenta y en voz alta, Eva la del Paraíso tomó una decisión mientras caminaba manteniendo el equilibrio sobre la delgada y tensa cuerda cívica teológica de la verdad final enamorada en el jardín colgante de Edén, bajo su cuidado y responsabilidad, hasta que entre ecuánime y desesperada, se decidió finalmente, y optó por ¡la libertad! ¡Y se emborrachó de amor para siempre!

En mayo de 1976 en Sudáfrica, al pie de un *boabab* hueco y vacío bajo la noche estrellada, pensé en ella, y me dio una pena inmensa, que hubiera querido poder llorar a caudalosos torrentes en crecida, de tristezas abandonadas y solitarias, como si se tratara o le hubiera ocurrido todo eso a mi madre, a mis abuelas, a mis tías, a cualquiera de mis hijas o mis nueras, a mis nietas, a mis hermanas, a mis innumerables primas queridas, a mis amigas entrañables que son otras hermanas, y a todas las mujeres que de una u otra forma -siempre feliz- se han cruzado con generosidad irresponsable, en mi vida; a todas quienes quiero muchísimo, y de quienes quisiera que la imiten siempre. Aunque bastaría que lo hagan solo cuando sea necesario. Pienso, personalmente, que eso sería suficiente, sin exagerar, perder autenticidad, y solo para tratar de quedar bien ante los demás que no reconocen sus sonrisas, que las delata estar viviendo irremediabilmente enamoradas.

(12) Gálatas 5, 13-25.

(13) Gálatas 5,4.

(14) Hebreos 10,1.